

Nosotros éramos.

Una paloma juguetona lucha contra el viento. Parece tener una guerra sin cuartel como esas películas de acción que suele ver mi abuelo, y con las que siempre cae rendido en su sillón favorito. Solo se escuchan los tiros que provienen de la televisión; al asomarme sin hacer nada de ruido, observo su brazo derecho caer por un costado del sillón. Por alguna razón me da paz saber que la tele está prendida, y que los ronquidos del abuelo opacan las metralletas y los gritos de las personas en la tele.

La paloma termina su combate contra el viento en la banca principal del parque de mi edificio. Desde mi ventana se observa todo, absolutamente todo. Se puede ver a don Jairo cuando trae en su moto la canasta enorme de pan, se puede ver tanto que, antes de escuchar el ruido de su vieja moto, se ve la canasta gigante repleta de panecillos. Diario don Jairo anuncia con su ruidoso motor y una chillante bocina la llegada de la cena a todos los vecinos. Yo me aguanto el antojo, mi mamá aún no llega del trabajo y, pues ni modo, no hay quién compre el pan; el abuelo y yo nos volteamos a ver, alzamos los hombros y seguimos viendo tele.

Hace días tocaron la puerta unas personas que querían saber cuántos vivíamos en la casa, pero como no había un adulto que les diera los datos y el abuelo andaba en su caminata de todos los días por el mercado de la colonia, pues se retiraron, no sin antes prometer que volverían con sus extrañas preguntas. Yo le conté a mi mamá, pero pareció no importarle las personas del chaleco, tomó su celular y siguió viendo la pantalla sin parpadear, haciendo caras extrañas y diciendo una que otra maldición. Yo seguí jugando, aunque al día siguiente había escuela y tenía que preparar mis útiles.

Me despertó la luz del sol que siempre se burla entre las pequeñas líneas de mis viejas persianas. Después el grito de mi mamá apurándome a desayunar y, como todos los días, el famoso:

- ¡Se hace tarde Jaime!, apúrate que el pesero siempre va atascado de gente y luego es un problema tomar uno.

Parece canción fea del radio, todos los días la repite a la misma hora, pero yo sé que diario se hace tarde, y diario dirá lo mismo. Al llegar a la escuela mi mamá se sorprendió por todos los padres reunidos en la entrada, gritando que querían hablar con

la directora. Pedían molestos que la escuela hiciera caso a la gente de las noticias y el internet. Muchos repetían las palabras noticias, internet y tele... noticias, internet y tele. Le pregunté a mi mamá qué sucedía, me silenció con un movimiento de su mano y se acercó inquieta a hablar con doña Meche, la mamá de mi mejor amigo Raúl. Las dos movían los brazos disgustadas y mi mamá no tardó en unirse a las quejas de todo el grupo de padres. Al final todos molestos: mi mamá molesta, doña Meche molesta, los papás molestos y hasta yo terminé como ellos. Los papás tomaron a sus hijos del brazo y regresaron a sus casas. Algunos nos quedamos, entre ellos yo y mi amigo Raúl. Nuestras mamás trabajan todo el día; Raúl vive solo con su madre, y a mi mamá le preocupa que me quede con el abuelo tanto tiempo. La hermana de Raúl nos recoge siempre y, como somos vecinos, nos lleva a casa. Al llegar caliente sopa para el abuelo y para mí. Vemos tele, pero siendo sincero, siempre he querido un celular, seguramente esto mataría mi aburrimiento, mínimo lo hace con mi madre y según Raúl también con la suya; ya será cuando sea mayor, mi mamá suele decir que aún no tengo edad para esas cosas. El abuelo no se aburre, cuando no sale a caminar se la pasa durmiendo y supongo que sueña. Tal vez en sus sueños sea un espía o un militar de esos que salen en sus películas. Yo de grande seré espía, sí, seguramente seré espía, aprenderé técnicas de combate y podré manejar esas armas ruidosas que veo en la tele. Salvaré al mundo de peligrosos narcos, delincuentes, y todos esos malos que aparecen en las noticias que ve mamá al llegar de su trabajo, por cierto, odio ese momento, siempre que llega me manda a dormir y me gustaría ver las noticias. Ni modo, me conformo con escucharlas desde mi cuarto. Cuando sea espía o militar... cuando sea espía o militar ya no escucharé las noticias, yo las viviré.

Descubrí a qué se debe que hayan cerrado la escuela y tenga que estar haciendo puras tareas sin sentido desde mi casa, parece que el malo en las noticias ya no es un narco, ni un ratero o asesino. Es un tal COVID, viene de china el canijo, yo suponía que de allá vendría este COVID. En las películas que ve mi abuelo de guerra siempre los chinitos son malos, pero los fuertes militares gringos se encargan de acabar con ellos, tal vez en esta ocasión así sea, y los gringos nos ayuden a liquidar al tal COVID. Yo no me esperaré a que los gringos nos defiendan, ya me estoy preparando, he visto unos buenos movimientos de artes marciales en varias películas y me siento listo para este momento,

aunque los asiáticos son pesados en eso de los trancazos, pero aun así me he preparado con maratones enteros de películas. Si el COVID quiere meterse con mamá o el abuelo tendrá que probar mis golpes, de eso estoy seguro.

La señora Martha murió, fue culpa del COVID le contó doña Meche a mi mamá. Ya era una señora grande doña Martha, un poco más que el abuelo. Mi mamá dice que el COVID es como una gripa, pero más intensa, que se lleva a los viejitos y personas débiles. Parece que el tal COVID no tiene el valor de desafiar a personas de su nivel, afortunadamente el abuelo está fuerte; es un héroe de guerra que ha visto tantas películas como yo, sabrá defenderse sin problemas. Lo que más me fastidia del COVID es que todos estemos encerrados sin poder salir, al inicio iba a la escuela, después la cerraron, luego podía escaparme un ratito a casa de Raúl a jugar videojuegos, pero mi mamá ya me prohibió salir a cualquier lado. La he notado más molesta que de costumbre, pero entiendo, la escuché hablar con el abuelo la otra noche y el lugar donde trabaja vendiendo ropa lo han cerrado. Dice mi mamá que varios lugares están cerrados. La preocupación la tiene porque en su trabajo no le pagarán los días que cierren; eso es otro gran problema para nuestra casa, antes no había para el pan de don Jairo y ahora ni para la sopa que le sirvo al abuelo.

Mi madre regresó sin el abuelo, salieron por sus medicinas y volvió sola. El abuelo tenía un poco de fiebre y estará durmiendo en el hospital. Mi mamá dice que saldrá de ésta. Yo sigo planeando cómo detener al enemigo chino. Escuché en las noticias que ha matado mucha gente y sobre todo a los gringos, eso me asusta un poco. Los gringos siempre ganan, en todas las películas que veo con el abuelo son bien buenos pa todo; mis grandes héroes eran espías y militares gringos, pero ahora resulta que con este chino no más no pueden. ¡Vaya problema en el que estamos todos! Mi mamá me ha advertido que vendrán unas personas a revisarnos, que el abuelo no salió muy bien en unas pruebas. A primera hora llegarán. También vinieron a ver a don Marcial, el viejito que vende dulces afuera del parque donde juego con Raúl. Llegaron en la madrugada, tenían trajes extraños, parecían astronautas o algo así. Me asomé por la ventana y vi como sacaban a don Marcial en una cama con ruedas y lo metían a una camioneta rara. Me pregunto si las personas que vendrán a revisarnos, así estarán vestidas. Le comenté a mi mamá y dice que son trajes especiales para defenderse del chino, yo la verdad no creo

eso. Esos trajes jamás vencerían a un rival tan fuerte. No tenían ni armas y no se veían muy hábiles en los asuntos de golpes letales. Yo más bien creo que al tal COVID hay que atacarlo con un buen armamento, pero si así fuera, los gringos ya lo hubieran hecho; ellos tienen sus bombas, tanques, submarinos, aviones, rifles gigantes y todo equipo de combate... ¡rayos!... eso me pone aún más pensativo. Mi mamá dijo que es probable que el abuelo sufra por el chino, la vi muy alarmada y le dije:

-No te preocupes ma. El abuelo sabe un chorro de técnicas de combate y, aparte, domina las artes marciales chinas. Es bien fregón el abuelo.

Me sonrió y abrazó muy fuerte diciéndome algo de la mismita manera que cuando se fue papá.

-Todos vamos a estar bien. En pocos días volverá todo a la normalidad Jaime.

Me pregunto a qué se refiere mi mamá con eso de la normalidad. Cuando se fue papá ya nada fue normal. El abuelo no está y por primera vez dormí sin escuchar los ronquidos, no calenté sopa y no vi desde la ventana la canasta de pan de don Jairo. Tampoco la voz escandalosa de la señora Gloria regañando a sus hijos desde su ventana porque no suben a comer. Hoy quería ver alguna película en la tele, pero solo hablan del COVID. Mejor me arrimé cerquita de la ventana para que cuando vuelva el abuelo alguien ande vigilando. También sirve que cuido a mi mamá del COVID, debe estar preocupada, la escuché llorar toda la madrugada; supongo que ahora me toca ser el valiente aquí.

Es la paloma, la puedo observar desde la ventana; está buscando esas migajas de pan que luego le avientan, pobre, no encuentra ninguna, nosotros aquí encerrados y la paloma afuera. ¿Qué piensa la paloma?, ¿las palomas piensan?, que tontas preguntas me hago. ¡Ahí está!, la camioneta con los astronautas, afuerita del edificio.

- ¡Mamá, ya llegaron los astronautas!

- Lo sé Jaimito. Oye, el abuelo ya no volverá. Necesito que si te quedas te cuides mucho y obedezcas en todo a doña Meche, por si no vuelvo en un rato. ¿Me entendiste Jaimito?

- ¿Por qué no volverá el abuelo?

Se escucha que entran al departamento.

-Desinfecten todo y muevan a estas personas a la camioneta para iniciar el protocolo 233-A.

La paloma observa desde la ventana de Jaimito.

FIN